

Y entre el tropel de la infernal balumba,  
de sus honores sin honor huía,  
como espectro que sale de la tumba,  
sin sacudir la tierra todavía.

Todos á poco el cementerio dejan;  
y en pos de Honorio, en tormentoso vuelo,  
los rebeldes espíritus se alejan,  
cual aves que se pierden en el cielo.

Completa soledad: se extingue el coro;  
los devotos al fin desaparecen;  
los ángeles también en nubes de oro,  
ya fundidos en luz se desvanecen.

Sólo una voz de espanto y de agonía,  
como en sueños, oía Palaciano,  
que allá lejos, muy lejos, repetía:  
— ¡Caín! ¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?



## ESCENA VII

## El cuerpo y el alma

LUGAR DE LA ESCENA: *Las cinco partes del mundo*

PERSONAJES.—HONORIO.—EL CADÁVER DE CARLOS V.—LA INSURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

## ARGUMENTO

En la eterna lucha de las dos naturalezas, física y moral, queriendo poseer el sepulcro de Soledad, piensa el espíritu de Honorio en volver de nuevo á la vida, animando el cuerpo de algún grande hombre, y se dirige á buscar los restos de Carlos V. El esqueleto del Emperador se espanta á la vista de un alma, y llevando la alarma á todos los ámbitos de la tierra, una multitud de espectros dan la vuelta al mundo, huyendo del espíritu de Honorio.

Lejos Honorio de la tumba amada,  
ya del aire en las cóncavas regiones,  
confusa entre la niebla su mirada,  
las siluetas perdió de las visiones.

Duda, mira, se orienta, y de esta suerte  
murmura en su espantosa pesadilla:  
— ¡Sí! quiero el odio que me dé la muerte;  
mas no quiero el honor que así me humilla. —

Luego del sol á un rayo moribundo,  
ya del vacío en la región más baja,  
ve el negro tul que pesa sobre el mundo,  
cual manto que le sirve de mortaja.

Y piensa así, luchando con fiereza  
contra el rigor de su destino adverso:  
«¡Querer! ¡Tener! ¡Con gloria y con riqueza,  
tendría de su tumba el universo!»

Y al penetrar en su memoria herida  
el mundo de la tumba de su amante,  
no se ha visto una pena parecida  
á la pena pintada en su semblante.

Y continuó: «¡Poder! ¡Cumplir el sueño  
de conquistar el bien por que deliro!  
¡Ser, sin rival, de su sepulcro dueño!  
¡Comprendo la ambición, la honro y la admiro!»

»¡Sentir! ¡De dichas caminar sediento,  
con odio ciego ó con amor profundo!  
¡Saber! ¡O con un solo pensamiento  
quemar, mover ó iluminar el mundo!»

»¡Dadme, — añadía en su arrogante acceso, —  
Atila, tu querer; tu ciencia, Dante;  
Mahoma, tu sentir; tus arcas, Creso;  
tu universal poder, Carlos de Gante!»

Y añadió: «Tomaré de alguna huesa,  
de estos hombres de siempre la envoltura.»  
Dijo, y voló hacia España, siendo presa  
de una ardiente y terrible calentura.

De Carlos de Austria ante la tumba, osado,  
el cadáver llamó que reposaba,  
y el cadáver se alzó, como animado  
por la vista de Honorio, que abrasaba.

Al verlo el Rey, del panteón turbando  
la no envidiada y envidiable calma,  
— ¡Que viene un alma! — dijo, y retumbando,  
el eco respondió: — ¡Que viene un alma! —

Carlos con ira, Honorio con respeto,  
se contemplan y callan; mas al cabo,  
dijo, mirando á Honorio, el esqueleto,  
con gesto superior de rey á esclavo:

«Del rey don Carlos, mi señor, ignoro  
si fui vaso de honor ó sambenito;  
y el día en que nací, que siempre lloro,  
fué para mí entre todos el maldito.

»Del cuerpo el alma se convierte en dueña,  
y es su ventura un insaciable anhelo:  
si ama, es con fiebre; si se duerme, sueña:  
para el cuerpo hay no ser, para ella hay cielo.

»Y el cuerpo, como el alma, á Dios alaba,  
y como ella su nombre lleva escrito;  
de la choza más pobre hasta una aldaba  
la puerta puede abrir de lo infinito.

»Libre el alma en obrar, de su miseria  
ante Dios y los hombres nos acusa;  
y es siempre para el alma, la materia,  
de su eterno pecar, eterna excusa.

»¿Y cómo el cuerpo, á quien así se humilla, le verá como amigo, cuando el hombre no sabe respetarse ni en la arcilla que honró su alma y que llevó su nombre?

»¡El Saber! Ignorantes nuestros dueños, este cuerpo, que juzgan miserable, matan á fuerza de vigilia y sueños, tratando de explicar lo inexplicable.

»¡El Poder y el Tener! Si el oro es fuente del gusto de hoy y el duelo de mañana, con el poder el cuerpo es solamente un mártir sin honor del alma humana.

»¡El Sentir y el Querer! Su furia es tanta, cuando se juzgan de su fuerza ciertos, que en su honor el espíritu levanta pedestales de ejércitos de muertos.

»¡La ambición de las almas! ¿Quién podría realizar vuestras locas esperanzas, y esa pasión tan llena de energía, de delirios, de muertes y venganzas?

»Nunca, nunca los cuerpos fatigados podríamos calmar vuestros afanes, aunque fuésemos hechos y amasados con candentes sustancias de volcanes.

»Apártate de mí, que harto he sufrido: como alma humana, la pasión te ciega. Busca, si quieres ser, lo que no ha sido; el polvo que fué ya, del ser reniega.»

Calla el espectro. Honorio, en su esperanza, aun el cuerpo del Rey vestirse intenta, y hacia el cadáver con ardor se lanza, en la fiera ambición que le atormenta.

Huyendo de su nueva servidumbre, con el terror que inspira el escarmiento, voló del Guadarrama hacia la cumbre, como polvo barrido por el viento.

Y el muerto, desde lo alto de la sierra, dejando el mundo de la paz sin calma, lanza, mirando en derredor la tierra, este grito de horror: — ¡Que viene un alma! —

Como suele el ¡alerta! misterioso correr de centinela en centinela, aquel *¡que viene un alma!* pavoroso de cementerio en cementerio vuela.

Con el terror que inspira el escarmiento, creyéndose de un alma frente á frente, surgiendo van cadáveres sin cuento al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente.

Dando alaridos, con furor levantan mil espectros su pálida osamenta, como las aves de la mar, que cantan hacia el lado en que ruge la tormenta.

Dé un pueblo al otro pueblo, no corría la repetida voz, porque volaba, y aquel *¡que viene un alma!* parecía la trompeta del juicio que sonaba.

Sonámbulo que corre sin conciencia, cuanto más huyen de él, él más se irrita, y ante abismo tan hondo de demencia, Honorio con furor se precipita.

La madre tierra sacudió el regazo; y entre esqueletos mil que echó esparcidos, medios cuerpos se ven de un pie y un brazo, de arriba abajo por mitad partidos.

Se ven cruzar de seres incompletos, por aquí y por allí, las varias piezas; fragmentos de fragmentos de esqueletos, pies sin troncos, y troncos sin cabezas.

Y hay brazos que se ignora lo que abrazan, cual pegados á un ser que va invisible; y manos cercenadas que amenazan, y dedos que señalan algo horrible.

Y algunos vueltos, por los pies colgados de las nubes, pendientes se columbran; y hay cráneos que, de fósforo impregnados, cual linternas diabólicas alumbran.

Y en zigs-zags pavorosos y sutiles, huesos sueltos, de formas desiguales, trazan líneas sin fin, como reptiles, ya derechas, ya curvas, ya espirales.

Lleno ya el aire hasta los cuatro vientos de esqueletos de muertos espantados, furioso resonó con los acentos de todos los lugares desolados.

Conforme los cadáveres huían salvando pueblos y cruzando esferas, circular por los aires parecían alaridos de hiena, ayes de fieras.

Volando sin cesar, ya ven lejanas las playas de esa tierra que está llena de rocas y de plantas africanas, bosques de palmas y tostada arena.

De un hondo terremoto al traqueteo se oye el suelo crujir, y en lo más alto, el ruido que se oiría en el saqueo de mil Romas tomadas por asalto.

## ESCENA VIII

## La transmigración á un árbol

LUGAR DE LA ESCENA: *Un cementerio*

PERSONAJE

HONORIO

## ARGUMENTO

De vuelta al lugar de la tumba de su amada, Honorio se detiene, y ascendiendo en la escala de la naturaleza física, transmigra al ciprés que da sombra al sepulcro de Soledad, y vuelve á creer en la posibilidad de su dicha.

Quiso Honorio seguir, pero ¡imposible! de nuevo lo intentó, mas ¡nada! ¡nada! una atracción inmensa, irresistible, le arrastró hacia la tumba de su amada.

Que huir de aquel sepulcro lamentable el pobre no podía, ó no quería, cegado por el fuego incomparable, que hasta los mismos soles fundiría.

Y así como al imán sigue el acero, volvió á mirar la tumba, y al mirarla, «¡Si no puedo, — decía, — si no quiero, si tengo tantas cosas que contarla!»

Y el ciprés de la tumba contemplando, fué Honorio, sus deseos más queridos celoso entre sus ramas ocultando, como ocultan los pájaros sus nidos.

Corría el viento, y el ciprés ondeaba, y al mirarlos, dudaba el pensamiento si es que el viento al ciprés acariciaba, ó era el ciprés el que movía al viento.

«Desde ese árbol, — seguía, — ángel divino, tus cenizas guardando encantadoras, cual un genio invisible del destino, por tí podré velar á todas horas.

»Los días, las semanas y los meses veré pasar en tiernas confianzas, y entre tumbas y adelfas y cipreses, en vez de olvido, encontraré esperanzas.

»Te prestará el ciprés, la noche andando, paz, calor y silencio; y por el día, en las ramas los pájaros cantando, todo en él será amor, luz y armonía.

»Propicia ya una vez la buena suerte, después de tanto amor y pena tanta, mi unión, acrisolada por la muerte, será más que hasta ahora augusta y santa.

El polvo que hombre fué surge abundante de los fúnebres campos de batalla; materia en frenesí, muy semejante á la lava del cráter cuando estalla.

Cruzan la parte en que el escita mora, y ven, pasando, á la derecha mano, los países del sol, donde se adora la cruel trinidad del culto indiano.

Del Asia la región, de Honorio el alma ve trasponer la caravana horrible, mientras reina en el mar profunda calma, mucho más que la cólera terrible.

Por la nueva región, que es de oro el suelo, y es más que la ilusión encantadora, cruzaron embriagados en su vuelo por bosques de frescura abrasadora.

Y vuelven, trasponiendo el Océano, á la región de Europa, ardiente y fría, helada en el invierno, y en verano quemada por el sol del Mediodía.

Y al ver de Soledad la tumba amada, lanza Honorio, gimiendo, un ¡ay! agudo; va á seguir, ¡imposible!: insiste, y ¡nada! mil veces fué á pasar, pero no pudo.

Y al fin, consigo de luchar cansado, se paró, más amante que rendido; pues si al mundo dió vuelta el desgraciado, no dió ni un solo paso hacia el olvido.

Ve una vez y otra vez la sepultura, y descendiendo, atraído hacia la tierra, dejándose caer desde su altura, como cae el alud desde la sierra.

Y allí vuelve á rodearle, fascinado, de todas sus quimeras el cortejo; pues tiene el hombre del amor cegado sueños de niño en corazón de viejo.

Borra al fin con sus rayos esplendentes, polvo, nieblas, fantasmas y rumores, el sol, para quien son indiferentes los placeres del hombre y los dolores.

Y de nuevo otra vez, quietos ó activos, el campo y la ciudad se ven cubiertos de muertos que dudaban si eran vivos, de vivos que no dudan que están muertos.

Y como es tan común en nuestra estrella no ser constante el mal, ni el ruido eterno, el día puso fin á toda aquella babilónica noche del infierno.